

*Intervención PVC en el acto inaugural del Seminario Internacional sobre:
Consecuencias de la represión en el Cono Sur. Sus efectos médicos, psicológicos y sociales
Abril 18 al 23 de 1986 Montevideo – Balneario Solis – Uruguay
Publicado por:*

Facultad de Medicina

Colección Perfiles / 3

Impreso por la División Publicaciones y Ediciones de la Universidad de la República.

Junio de 1986. 300 ejemplares

Dirección General de Extensión Universitaria. Montevideo. Uruguay

*Organizado por Facultad de Medicina, SMU, FEMI, Comisión Nacional de Ética Médica, SERPAJ,
Aesculapius Medicine International (EEUU)*

Palabras del Prof. Dr. Pablo V. Carlevaro (*)

“Un sentimiento común de rechazo por el Horror”

Ante todo, el reconocimiento sincero de esta Facultad de Medicina por haber sido escogida como sede de la inauguración de este Seminario.

Bien hacen los médicos, los psicólogos y los investigadores sociales en ocuparse —en el nivel científico— de las consecuencias derivadas de la represión en el cono sur.

No alcanza con la condena y la denuncia del horror y del daño, de la destrucción y la muerte. En esta trágica materia, nada alcanza por sí solo y todo es necesario.

Por eso este esfuerzo por caracterizar científicamente algunos aspectos de las secuelas de la represión, por analizarlos con la especificidad propia que por su naturaleza tienen, constituye una respuesta necesaria que, además, debe formalizarse en términos técnicos y científicos.

Decimos y repetimos que para nosotros los médicos y los profesionales del campo de la salud, el concepto mismo de salud y sus connotaciones biológicas, psicológicas y sociales nos confiere —en cierto modo— una referencia ideológica, un compromiso activo por el bienestar, un lugar en la lucha por la vida y una toma de partido ético en cuanto a la salud como valor superior.

Sin embargo, no es menos cierto que quienes técnicamente pertenecen a nuestro campo profesional han utilizado y aún creado conocimiento para operar en sentido contrario a aquel compromiso de defender la vida y tornar partido por la salud, como bien superior.

En efecto, aunque nos pese y nos repugne, antes que nosotros hubo quienes aplicaron procedimientos científicos con el objetivo de generar daño a la persona humana, de destruir y destrozarse su personalidad, de participar y colaborar profesionalmente en la instancia práctica de la materialización del daño o de su encubrimiento.

Por eso nos parece bien la tarea que hoy se inicia, pero es preciso que se emprenda sabiendo que estamos en situación de atraso: discutiremos científicamente el daño originado por la represión después que otros trabajaron científicamente —en laboratorios de investigación de universidades aparentemente prestigiosas del mundo desarrollado— para lograr que el mismo fuera óptimo desde el punto de vista de los objetivos al cual dicho daño sirve.

En el plano concreto de los hechos debemos reconocer, aunque ello afrente colectivamente a nuestra medicina y aun a la Facultad —como institución responsable de su formación— que hubo médicos militares que participaron activamente en la práctica de la tortura o que, al servicio de sus mandantes, violaron normas éticas que jamás debieron dejar de respetar.

La tortura implica la expresión más abyecta de degradación de los hombres. Su naturaleza es esencialmente contraria al propósito de la acción del médico, que tiene como objetivo prevalente y obvio aliviar el sufrimiento de los demás.

Tan reñida está la tortura con nuestra sensibilidad y tan natural es su repulsión, que su existencia sólo pudo darse entre nosotros por la incapacidad de resistir con dignidad la injerencia de los agentes de organismos especializados norteamericanos que la introdujeron con propósito expreso y que han diseminado las mismas técnicas represivas por todo el mundo, agraviando inmerecidamente sentimientos naturales que pertenecen al propio pueblo norteamericano.

Por eso es reconfortante para todos nosotros —y nos pone en guardia ante generalizaciones fáciles e injustas que tienden a emparejarlo todo— la participación seria y comprometida en la denuncia y el esclarecimiento de estas prácticas denigrantes, que ha tenido un grupo de ciudadanos norteamericanos que han asumido cabalmente su papel de médicos, fieles a su propia conciencia, y hoy están aquí como "Aesculapius International Medicine" participando en la organización de este seminario, como antes también estuvieron aquí, con el ánimo firme y sereno, con la convicción indoblegable que lleva los actos hasta sus últimas consecuencias.

Corresponde, entonces, hacernos la pregunta: ¿cuáles son los objetivos de la represión?

Pertenece a patrias latinoamericanas que a más de un siglo y medio de su independencia siguen siendo objeto de dominación colonial.

Pertenece a una comarca subdesarrollada que percibe cada vez menos por lo que produce y paga cada vez más por lo que debe comprar.

En particular, nuestro país —el Uruguay— vive una crisis de estancamiento y retroceso en sus niveles de desarrollo que repercute en todos los aspectos de su vida social y de la convivencia entre sus habitantes.

Las distancias que nos separan del mundo desarrollado no se acortaron ni se acortarán con las alianzas para el progreso sino se vuelven abismales con la acentuación de los mecanismos de dominación, cuyas expresiones financieras —en términos de endeudamiento - son, en la actualidad, un índice insoportable de la enfermedad de nuestras economías. Si antes nos esquilaban las formas de explotación tradicionales del imperio, con sus transnacionales y sus mecanismos de apropiación de la riqueza, ahora el capital financiero, que acudió solícito a otorgarnos préstamos de salvación, es el dueño de una fracción cada vez mayor del total de lo que producen y exportan nuestros países.

Una situación así no puede constituir un estado natural de equilibrio.

La estabilidad de un mundo profundamente injusto sólo puede mantenerse recurriendo a una tremenda actividad represiva que está dirigida, precisamente, a consolidar y perpetuar la injusticia.

El atraso y la dependencia son ingredientes esenciales de la dominación, y la preservación de esta dominación colonial es el objetivo primario de quienes sustentan el privilegio de un exceso

de bienestar en el infortunio escandaloso de millones y millones de hambrientos y desnutridos que, cuando buscan alternativas de cambios sociales, son objeto de la más cruenta represión.

Es preciso tomar conciencia clara de que la represión, con todas las modalidades adoptadas para ejercerla y con todas sus consecuencias terroríficas, ha sido puesta en práctica como un recurso fríamente destinado a servir un objetivo político y económico: la supervivencia del imperio.

Con la instauración de las prácticas represivas no sólo se destruye tenebrosamente al enemigo, no sólo se recurre a la tortura y se generaliza el eufemismo sádico de la "desaparición", sino que mediante ella se crea una incerteza que corroe al familiar de la víctima por la angustia y la ansiedad de no poder ni siquiera asumir la muerte del ser querido, sustituyéndolo por un ente fantasmal que no termina nunca de sufrir pues no termina nunca de morir.

Mediante la tortura y la "desaparición" se impone la presencia del terror que apunta hacia la destrucción de valores sociales, que es capaz de generar alteraciones de la conducta que impiden las expresiones más naturales y primarias de la solidaridad humana, que aparece como el generador más eficiente y poderoso de la enajenación del individuo en relación con su participación en la transformación social, apuntando al objetivo de lograr la extinción de su conciencia política respecto de la sociedad, promoviendo la generación de un automatismo de aprendizaje impuesto a través de un condicionamiento monstruoso: sólo la prescindencia y la complicidad silenciosa garantizan su supervivencia en medio del horror.

Pero los silencios cómplices no afectan sólo al individuo. Es también el nivel institucional quien enmudece y sin querer, otorga. Son los poderes judiciales, los partidos políticos, las entidades religiosas quienes sobreviven gracias al silencio.

Y cuando alguien fiel a su credo y a su investidura no se somete, e identifica su palabra con los que sufren, la represión lo vuelve santo en el propio acto del oficio, tal cual hizo con Monseñor Oscar Arnulfo Romero, en el desangrado Salvador.

Cuán grande debe ser el alma humana de aquéllos que murieron en medio del horror, padeciendo torturas inconcebibles y preservando —cual ángeles irreductibles— su fe en el hombre, su convicción de que, trascendiendo injuria y daño, la vida es buena.

Por todo eso, las instituciones educacionales que en el continente han sufrido como tales, pero también lo sufren en la persona y carne de innumerables víctimas: dirigentes, estudiantes, profesores y profesionales, deben preocuparse por el resarcimiento social del daño.

Es preciso conocer y comprender el pasado, no sepultarlo en un olvido cómplice.

Es preciso apelar a la justicia, porque ella debe ser fuente de verdad, porque ella es en sí una forma de recuperar valores de convivencia social que debemos prevenir, que no debemos entregar jamás. Porque ella es, además, el mayor antídoto de la revancha.

La educación en materia de derechos humanos pasa a ser una necesidad contemporánea que a nadie puede ser negada, pues la creación de conciencia social acerca de nuestros derechos como seres humanos ha pasado a ser, para todos nosotros, un verdadero problema de conciencia moral.

Nuestras sociedades y todos sus órganos institucionales —tanto gubernamentales como ciudadanos— no pueden aceptar que las prácticas represivas cuyas consecuencias hoy se denuncian, vuelvan a ocurrir.

No podemos admitir que haya médicos que enajenados de su condición de tales actúen como autómatas inconscientes del poder militar.

El horror debe quedar atrás, pero debe quedar condenado, no olvidado. Es cuestión de salud en nuestra convivencia. Es cuestión de garantía en defensa de un futuro que nos trasciende, pero que nos compromete por eso mismo.

Es posible que muchos de nosotros, muchos de los que aquí nos congregamos —médicos, psicólogos, científicos sociales— tengamos una visión ingenua del mundo y su futuro.

Es probable que muchos de nosotros nos enfrentemos ante las peripecias de esta experiencia compartida y dramática que es la vida humana, pensando que no hay tarea más importante que ayudarnos los unos a los otros.

Y ayudarnos no sólo en circunstancias del padecimiento y de su prevención —que parece cosa de médicos y de profesionales— sino, también, ayudarnos en el sentido de crear una solidaridad que permita a la mayoría de la gente que nace, sufre y muere, que no muera tantísimas veces en medio de la miseria cuando no del horror. La solidaridad de los hombres tiene que lograr, por fin, que quienes nacen, en cualquier parte del mundo, puedan acceder a los bienes más sencillos de la vida que estarían naturalmente dados si no existiera la injusticia social que inhibe su vigencia, si no se interpusiera, entre bienes elementales y hombres sencillos, la tremenda injusticia de un mundo mal repartido, de un subdesarrollo que condena, por sí mismo, a todo el resto de la humanidad.

Es imposible al percibir los prodigios del intelecto humano, los avances más notables de la genialidad del hombre, no sentir —a la par— la vergüenza de que, en su enorme mayoría, no benefician a la humanidad.

Es trágico advertir que el talento ha sido enajenado del propio hombre que lo posee, del propio albedrío de los creadores, y que, involuntariamente, sirve al poder y a la injusticia.

A qué otra cosa atribuir sino a una estructura de poder que existe y controla la mayor parte del mundo, que el hambre y la desnutrición sean, junto a la explotación y la miseria, el analfabetismo o la falta de trabajo, las características sociales dominantes en un mundo postergado cuyas aspiraciones de redención se reprimen sin ninguna clase de escrúpulos.

Y si no fuera sino un fondo común de ingenuidad esencial lo que aquí nos congrega, si tras las heterogeneidades de nuestros quehaceres, de nuestras peripecias personales, de nuestras lenguas, de nuestros credos y de nuestras ideologías, sólo quedara un sentimiento común de rechazo por el horror, una convicción fortalecida sobre la necesidad de la justicia, sirvamos a los fines de este encuentro internacional comprometiéndonos a que el análisis del horror contribuya a impedir su reaparición, a que la denuncia de base científica de las consecuencias de la represión genere, a través de la unanimidad de la condena, un mecanismo inhibitorio que antagonice para siempre su reiteración.

Decíamos recién que muchos de nosotros somos simplemente ingenuos.

Pensamos y sentimos cosas demasiado sencillas.

Concebimos utopías tan elementales como que los niños deben comer, deben ir a la escuela

y deben ser inmunizados, cualquiera sea el lugar del mundo en que nazcan.

Que los hombres tienen derecho a trabajar y a vivir de su trabajo sin padecer explotación, accediendo a gozos naturales de la vida que, precisamente por ser esencialmente naturales, parecen inherentes a la vida misma.

Pensamos que la libertad del hombre es tan ingénita y esencial como su movimiento y su capacidad de sentir y de pensar y lo digo así porque la represión tradicional encarcelaba, para inmovilizar y suprimir el movimiento, y la represión tecnificada y moderna intenta ahora, además, destruir la personalidad del encarcelado.

Por fin, lo que pensamos individualmente para el hombre lo extendemos, naturalmente e ingenuamente, a todos los pueblos del mundo. ¿Por qué no?

Nuestra ingenuidad sustenta nuestro credo en la independencia y soberanía de los pueblos.

Con los recursos de esta tierra hay espacio para una vida social digna y decorosa de todos los pueblos del mundo. Hacen falta, tan sólo, mínimos acuerdos que sustituyan la preparación de la guerra por la organización de la paz.

Desde el fondo de la historia existen guerras para dominar, someter y explotar.

El curso de la historia ha modificado, apenas modernizándolas, las formas de dominación, de hegemonía, de sometimiento y de explotación.

Somos ingenuos porque pensamos sinceramente, sin dobleces, carentes de prejuicios, pero, también, con terquedad y ternura, que el mundo debe cambiar, para que alguna vez por fin existan la paz, la justicia y la solidaridad.

Montevideo, 19 de mayo de 1986